

Entre manuscritos y tambores

La cultura de los afrodescendientes a comienzos del siglo XIX

Alejandro Gortázar
Universidad de la República, Uruguay

Resumen

En este trabajo analizo los manuscritos inéditos (hasta hace dos años) de Jacinto Ventura de Molina (1766-c.1837), un letrado afrodescendiente que escribió entre 1817 y 1837. En la primera parte presento su caso en relación al concepto de *ciudad letrada* de Ángel Rama. Luego analizo las “tretas del débil” (Ludmer) que Molina utilizó para acumular su capital cultural a través de estrategias similares a las utilizadas por otros afrodescendientes. El resultado de ambas prácticas es diferente pero ambas muestran cómo a partir de un concepto de *ciudad letrada* menos rígido se puede dar cuenta de lugares de enunciación intermedios o liminares, establecer tránsitos entre opuestos (lo culto, lo popular, oralidad, escritura, entre otros) y dar una mayor densidad a nuestras explicaciones sociales de lo literario.

Palabras clave: afrodescendientes – subalternismo – ciudad letrada – cultura

Desde la década del noventa hasta hoy la bibliografía sobre los afrodescendientes en Uruguay ha aumentado notoriamente. Los historiadores Alex Borucki, Karla Chagas y Natalia Stalla (2004) –por nombrar sólo algunos de los más jóvenes– han contribuido con estudios sobre la situación socio-económica de los esclavos durante el período colonial y las primeras décadas del siglo XIX. Los musicólogos han contribuido al estudio del candombe y las raíces africanas del tango (Gustavo Goldman, 2008). Los antropólogos, sociólogos y demógrafos más recientemente han contribuido al estudio de la situación actual de los afrodescendientes (ver, por ejemplo, Scuro, 2008) o el desarrollo del movimiento social y político (Ferreira, 2003). Paralelamente a esta actividad, existe también una literatura militante que produce conocimiento sobre la historia y la cultura de los afrodescendientes (Oscar Montaña, 2008). Los estudios literarios estuvieron ausentes de este fenómeno, aún cuando Organizaciones Mundo Afro, una ONG creada por una elite letrada negra, presentó como parte de su patrimonio cultural la obra de poetas y artistas plásticos en una *Antología de poetas negros uruguayos* de dos tomos compilados por Britos Serrat (1990 y 1997).

Con el análisis de los manuscritos de Jacinto Ventura de Molina, escritos entre 1817 y 1837, pretendo hacer un aporte a los estudios históricos sobre los afrodescendientes desde la perspectiva del análisis de la *cultura letrada* poco abordada y reconocida. Al mismo tiempo quería y quiero introducir en mi análisis variables como la raza o la etnicidad que estuvieron ausentes o fueron marginales en la bibliografía –también proliferante en la postdictadura– sobre la literatura uruguaya del siglo XIX. Además, se plantea una crítica a ciertas tendencias globales y locales de recluir la cultura afro en el cuerpo, el baile y la oralidad, como intenta Stuart Hall con la noción de “tradición diaspórica” para referirse a la cultura negra norteamericana, o quienes insisten en Uruguay en el candombe como patrimonio “único” de los afrodescendientes.

La existencia de una cultura letrada producida por afrodescendientes, que bien podría tener un momento fundante en la obra manuscrita de Jacinto Ventura de Molina, invita a cuestionar ciertas dicotomías que, en parte, excluyen la contribución de este colectivo minoritario (que representa casi un 10% de la población total) a la alta cultura, y que globalmente siguen interpretando la cultura letrada aislada de todo análisis cultural más amplio.

I. En un barrio de la *ciudad letrada*

El análisis que propone Rama tiene dos componentes centrales: la espacialización del análisis cultural, que pone a la ciudad como “base material” de una actividad simbólica (Remedi 1997: 97), un modelo abstracto de ciudad letrada y de sujeto letrado y un énfasis en su relación con el poder:

En el centro de toda ciudad, según diversos grados que alcanzaban su plenitud en las capitales virreinales, hubo una *ciudad letrada* que componía el *anillo protector del poder y el ejecutor de sus órdenes*: una pléyade de *religiosos, administradores, educadores, profesionales, escritores* y múltiples servidores intelectuales, todos esos que manejaban la pluma, estaban estrechamente asociados a las funciones del poder y componían lo que Georg Friederici ha visto como un país modelo de funcionariado y de burocracia (32. Subrayado mío)

Pensar el caso de Jacinto Ventura desde la perspectiva de la ciudad letrada parecía en principio imposible, porque para Rama el límite entre la ciudad letrada y su afuera tenía la forma material de los muros de la ciudad. En el afuera estaban las “culturas ágrafas” de los grupos subalternos (negro e indio). Lo que plantea este caso es precisamente que la propia *ciudad letrada* en el período colonial fue un espacio social más heterogéneo, en el que se producían diferencias, se establecían límites y también se producían intercambios. La raza y la clase fueron dos de las condicionantes para acceder a la ciudad letrada y también a la ciudadanía, al menos en los comienzos de la república y no sólo el uso de la escritura como piensa Rama. En ese sentido, las trayectorias de otros letrados me ayudaron a pensar el proceso por el que un individuo se “transformaba” en letrado, y el caso de Molina en ese marco.

Desde el punto de vista institucional y para el caso rioplatense, durante el período colonial la trayectoria “normal” para un sujeto (digamos blanco y en una buena posición económica) era la siguiente: el niño se iniciaba en una escuela de *primeras letras* en la que aprendía a leer, a escribir, las cuatro operaciones de la aritmética y la doctrina cristiana. Luego los estudios secundarios y superiores. En los primeros, el Maestro de Gramática o Latinidad enseñaba latín, retórica, aritmética, geometría, astronomía, física experimental; y en los segundos Filosofía y Teología. Las opciones para un montevideano eran aprender las primeras letras en un Convento y luego el Real Colegio de San Carlos de Buenos Aires o la Universidad de Córdoba. Es el caso de los curas José Manuel Castellanos y Dámaso Antonio Larrañaga. El primero finalizó sus estudios eclesiásticos en Córdoba y el segundo pasó primero por Buenos Aires y luego por Córdoba, ordenándose finalmente en Río de Janeiro.

A pesar de ser un “negro libre” los relatos de infancia y juventud muestran a Molina en relaciones de servidumbre análogas a la esclavitud que se inician con su tutor blanco, el militar español José Eusebio de Molina llegado al Río de la Plata en 1759. De este español y de sus colaboradores, posiblemente influidos por una ideología ilustrada moderada por la monarquía católica española del siglo XVIII, Jacinto Ventura obtuvo su primera educación en catequismo, primeras letras, latín, dibujo, derecho y poesía. Si bien los españoles debían evangelizar y educar mínimamente a los nativos y los negros, el Brigadier superó con creces esta obligación.

Desde el casamiento de Jacinto Ventura con María Rufina Campana en 1799 la subsistencia de la pareja dependió mucho de las relaciones sociales de ambos. Un capital social que Molina supo utilizar en todo momento, ya fuese a través de personas que conocieron a su tutor o haciendo un uso táctico de sus historias junto a él, para defender su apellido o solicitar algún beneficio a partir de él. Jacinto Ventura ocupó los lugares que un descendiente de africanos podía ocupar en la sociedad colonial. Fue militar, zapatero y, luego de instalada la República, “defensor de negros”. Sin

embargo, al llegar al final de su vida, necesitó de varios protectores para conseguir papel o tinta e hizo referencia en varios manuscritos a su “yndixencia”.

En respuestas a cartas que Molina hizo llegar a diferentes autoridades, en un texto escrito por un poeta anónimo, se leen con mucha claridad las diferentes formas del rechazo de esa comunidad interpretativa ante su presencia como son el insulto, la risa o el silencio. Jacinto Ventura de Molina estaba fuera, o mejor, al margen de la sociabilidad letrada. En parte porque, a pesar de ser un afrodescendiente libre y saber algo más que leer y escribir, Jacinto Ventura de Molina estaba fuera del diseño del cuerpo ciudadano (González Stephan, 1996) por lo que su intención de pertenecer a la ciudad letrada –que era en parte equivalente a pertenecer al cuerpo ciudadano– podía parecer desproporcionada para algunos y graciosa para otros, siempre partiendo de un desajuste entre lo que esperaban de un afrodescendiente y lo que éste pretendía ser.

En este escenario se hacen muy significativos los múltiples fragmentos autobiográficos que pueblan los manuscritos de Molina, en los que narra su formación como letrado y que legitiman saberes que no adquirió siguiendo la trayectoria “normal”. Esto le fue muy útil a Molina para marcar insistentemente su excepcionalidad. La clase, el color de la piel y la instrucción deficiente de Jacinto Ventura de Molina parecen ser las tres razones por las cuales estuvo al margen de la *ciudad letrada*. En su caso estar al margen significó encontrarse en una situación de enunciación intermedia entre grandes hombres blancos y los afrodescendientes, esclavos o libres. Su capital cultural incluía la cultura letrada europea y una serie de “tretas del débil” comunes a otros grupos subalternos.

II. ¿Cómo habla un subalterno?

La pregunta por la “voz del otro”, por el subalterno, por las escrituras y oralidades de los pueblos originarios ocupó –y aún ocupa– un lugar preponderante en el campo de los estudios literarios y culturales latinoamericanos producidos en diferentes contextos (regionales, nacionales, globales). En este trabajo quiero re-plantear la pregunta formulada por Gayatri Spivak en 1988 (1998). La autora se preguntaba ¿Puede hablar el sujeto subalterno? La investigación que pretendo hacer quiere contestar otra pregunta ¿cómo hace el subalterno para hablar? Pregunta en la que se asume que el sujeto subalterno habla (en todo caso habrá que distinguir, como plantea James Scott, entre discurso oculto y público) y que en todo caso parece importante detectar cuáles son las estrategias y/o tácticas que utiliza el subalterno para hablar, de qué modo consigue hacerlo, qué efectos tiene entre sus pares y frente al poder, y no importa tanto la presencia de un poder monolítico y omnipresente.

En 1823 Jacinto Ventura era Sargento Mayor de Milicias. El 21 de octubre escribe una carta al Capitán General Don Carlos Federico Lecor, Barón de la Laguna, en la que señala al capitán Juan Pérez como la persona que “obró por mi la gran obra de guardar mis muebles, que aun siendo pobres, contienen las ricas sumas de mis libros y papeles archivados en el fondo de mi baúl, en virtud de habitar yo una casa de dos que tiene en su gran posesión de 20 cuadras”.¹ En esta carta se obtiene un dato preciso, que poseía en 1823 una pequeña biblioteca y algunos papeles. Sin embargo, no se entiende cuál es concretamente el pedido de Molina. Es frecuente encontrar en algunos manuscritos textos de otras personas respondiendo a sus solicitudes en los que se marca esta característica.

El Alcalde Ordinario Juan María Pérez por ejemplo, afirma en una de esas respuestas: “la basta (sic) erudición del Doctor Molina, su estilo elevado y superabundante, ha complicado de tal suerte su sencilla petición que no le es fácil a

¹ No se identifica número de folio en las citas de los manuscritos dado que el archivo todavía no fue catalogado.

quien subscribe subir a ese prodigioso laberinto...". ¿A qué se deben las "inconsistencias" del estilo de Molina? ¿Por qué generan respuestas la mayoría de las veces insultantes, irónicas, jocosas? Sus "inconsistencias" pueden explicarse por la comprensión errónea de los modelos, fruto de una educación deficiente. Aún con las limitantes materiales para poder escribir, Molina perteneció precariamente a la cultura letrada del siglo XIX. Hacíamos referencia antes a la biblioteca y papeles que Molina solicita y valora mucho. Sin embargo, para un zapatero negro la escritura también requería implementos cuyo costo no era fácil de cubrir. El propio Jacinto Ventura describe esa dimensión material de la escritura: "el comedor de la habitación de Don José de Molina era también la sala y en una gran mesa residía la de mi estudio y prácticas, reglas, compás, lápiz, cortaplumas, libros, cuadernos, tintero, salvadera (...)". De todas formas, luego de la muerte del español, Molina tuvo otros protectores que, movidos por la piedad cristiana o por quien sabe qué sentimientos, le sirvieron de ayuda en su pobreza a cambio de servicios entre los que estaba su escritura:

[...] Vi aquel día al buen Hermano D.n Pedro Pérez cuya atención, fue y será siempre digna de mi mas expresivo agradecimiento: ¿Pero que puede resultar de la cultura y buena educación de estos ciudadanos: hablo María Rufina Campaña de la Caridad del S.or D.n Juan María con ella el año 1818 hasta el 19 que murió: el S.or D.n Pedro equiparó y suplió en el momento cuanto yo necesitaba SS.a estaba escribiendo y dándome papel y pluma me mandó que escribiese en la misma mesa, escribí un saludo al Yll.mo y Ecl.mo S.or Cap.n General y concluido el S.or D.n Pedro leyó y notó este escrito que aprobó y celebró mucho: SS.a había llegado a las 11 de su estancia y de consiguiente me desayuné entonces en la misma mesa haciéndome platos e instancias tan atento y político S.or: cuya conclusión fue preguntarme en qué estado esta [Vuestra Merced] de dinero, e informado del por menor de mi indigencia, sacó una moneda de plata y me la dio.

Otro aspecto interesante de sus manuscritos es el que refiere a los libros que Molina leyó a través del Brigadier Molina y de otras personas a las que sirvió. En algunos casos esas personas le regalaron libros que fueron usados por él como moneda de cambio. A los 23 años por ejemplo, obtuvo algunos libros:

El Estudio Moral que he tenido le debí bien joven a la [Señora] española [Doña] Francisca Ortega mujer del antiguo Comandante del Resguardo de esta ciudad, porque preso su esposo (...) la serví varias veces sino fue todos los días motivando a esta [Señora] a darme en su despedida todos los libros morales y teológicos que aquel Comandante tenía (...) El [Poderoso] Ministro Fray Juan Rosas vio estos libros y ha fuerza de instancias consiguió que le vendiese esta obra [para] misas pareciéndome que obra tan preciosa no valía dinero (...)

Esta es la primera parte de una larga cita de las *Glorias de la Caridad* en la que relata cómo fue aprendiendo diferentes saberes de los blancos. Resulta interesante que la señora Ortega le diera todos los libros morales y teológicos de su esposo "en su despedida" (no explica si se trata de parte de su testamento o de un regalo dado en vida). Así como la ropa inutilizada que los amos regalan a sus esclavos es parte de los bailes públicos de los negros durante el Corpus Christi o el día de Reyes, el capital cultural acumulado y expuesto por Molina se construyó en parte con regalos de sus amos. Y este capital también fue objeto de intercambios que lo beneficiaron coyunturalmente. Así continúa explicando en este largo pasaje que un cura que le enseñó "a construir latín palabra por palabra" le regaló un breviario para la misa que luego él regalo a Dámaso Antonio Larrañaga.

Este largo pasaje muestra que era normal, o al menos lo fue para Jacinto Ventura, el préstamo de libros y papeles entre los sujetos de la ciudad letrada y también la posibilidad de leer en las bibliotecas de diferentes letrados. Esto habilitaría a pensar en Molina como un marginal y no como un excluido total de la sociabilidad letrada montevideana de comienzos del siglo XIX. Es así que es común encontrar también en los manuscritos citas a textos que pueden encontrarse en la biblioteca de Joaquín de Sagra y Périz, lo cual habilita a pensar en intercambios como los relatados antes, con el director de la *Imprenta de la Caridad*.²

Si en el caso de los bailes que los afrodescendientes realizaban a puertas cerradas en sus “Salas de nación” se podían escuchar “discursos sediciosos”, como se desprende de una investigación solicitada por el gobernador de Montevideo en 1805³, y en los bailes públicos que realizaban en festividades religiosas podía percibirse una parodia a las autoridades locales y a sus propios amos, en la trayectoria de Jacinto Ventura los intercambios de libros y papeles (y en algunas ocasiones de dinero) con los blancos sirvieron para obtener diferentes beneficios que le permitieron mejorar su situación. Podrá argumentarse que los bailes fueron más o menos subversivos que los manuscritos, pero lo cierto es que estos recursos permitieron a Molina articular un discurso propio frente al poder. Es el tema del siguiente apartado.

III. El licenciado negro: hablar frente al poder

La Hermandad de la Caridad era una institución civil en la que los grandes hombres de la ciudad tenían su obra de caridad. El hospital y la imprenta eran sus dos actividades centrales. La segunda comenzó imprimiendo boletos de lotería que utilizaban para financiar el Hospital y luego amplió su trabajo. Según su relato, la Hermandad le encargó a Jacinto Ventura una obra hacia 1827. La obra, titulada *Glorias de la Santa Caridad*, ocupa un tomo entero de sus manuscritos y fue escrita intermitentemente entre los años 1827 y 1828. El desorden de estos papeles, tal vez borradores, no permite comprender correctamente cómo pensó Molina esta obra que por cierto no fue publicada. Es notorio en ella la amplia gama de temas tocados y la heterogeneidad de registros narrativos utilizados: teología, historia antigua, papelería de la Hermandad, historias locales, autobiografía y hasta un alegato en contra de Tomás García de Zúñiga, que lo acusó de “loco”.

Es posible percibir en los manuscritos un uso reflexivo de la escritura, que Rama no exploró en su *ciudad letrada*, que le permitió hacer alarde de una clara conciencia del color de su piel y su excepcionalidad, recurso retórico que maneja unas veces para dirigirse respetuosamente a las autoridades y otras con orgullo frente a injurias o malos tratos. Esto le permite cuestionar fuertemente la discriminación de la que era objeto:

[...] son los negros tan hombres como [Vuestras Mercedes] y tan capaces para todos sus ejercicios y estados. Si se niega váyase a Egipto donde se verán en la Antigüedad los negros mucho mas racionales y humanos que los blancos: la vida del gran conductor del Pueblo de Dios Moisés la salvó una princesa negra con quien existió desde que huyó de Egipto hasta que pasó a la feliz región donde existe. Esta ventaja de la fidelidad humilde de los negros es tal que el mismo Dios en la escritura dice que es “mas difícil que un pecador se arrepienta que el color de un Etiope se mude o disipen las pintas de un tigre, siendo no solamente sólido el color pero la naturaleza fiel y también constante” basta sobre esta

² Sobre la imprenta, su rol en la cultura letrada montevideana y una lista de sus publicaciones ver Furlong y Arana (h) (1932)

³ Para un análisis de esta documentación ver (Gortázar, 2003: 202-205)

reflexión en que llenaría libros con mayor sentimiento de los [Señores] filósofos. (...) contra todo este Derecho de las gentes los mismos negros se venden, ¿para que? para ser víctimas del interés crueldad y rigor de sus SS tanto mas crasos si son filósofos que inventan sepan servir los negros por señas: al pensamiento que sean infatigables que coman poco que no enferman jamás que no se casen porque la mujer les quita la fuerza para el trabajo, y esta se las aumenta y no se las quita ha los blancos que no vayan a casa de sus mujeres mas que sábado y domingo y otras infinitas inhumanidades que horrorizan mi pluma al escribirlas

Y de todo un colectivo que pretende representar. También quiero señalar que en las últimas páginas de las *Glorias* (cientos de páginas en verdad) Jacinto Ventura responde fuertemente a acusaciones de Tomás García de Zúñiga sobre su supuesta "locura". En ese marco pone en evidencia la injusticia del trato a los esclavos y de algún modo invierte el insulto acusando a los blancos de ser los únicos que esclavizaron a otros hombres. Para ello recurre a la Biblia para defender un principio de igualdad no basado en ideas liberales, que detestaba como monárquico, sino la muerte altruista de Jesús.

Conclusión

El cambio en la noción de literatura, el consiguiente giro hacia el análisis de la letra o los discursos y el énfasis en un análisis cultural que los estudios literarios latinoamericanos registran desde hace algunas décadas, procesos en los que Rama estuvo de algún modo implicado, permite por un lado abandonar la perspectiva canónica (Molina definitivamente no perteneció al canon de la literatura uruguaya de ninguna generación o época, hasta los años noventa del siglo XX), ampliar las metodologías y enfoques teóricos, lo cual redundaba en una ampliación de los productos culturales a analizar y comparar. Una concepción como ésta contribuye a enriquecer el análisis de la cultura latinoamericana que introdujo y pensó dentro de muchas oposiciones (civilización y barbarie, oralidad y escritura, alta cultura y baja cultura o cultura popular) y que también se ha planteado tránsitos posibles entre estos opuestos, lugares intermedios, zonas de contacto en las que se producen intercambios que enriquecen en ambas direcciones.

El análisis cultural en Uruguay, y en particular el análisis de la literatura y de la cultura popular, han corrido por carriles diferenciados. La inclusión de Jacinto Ventura de Molina en el análisis de la cultura de los afrodescendientes permite pensar en esa cultura en primer lugar no como un bloque homogéneo (que eventualmente puede ser cargado ideológicamente de otros significados como la victimización del negro esclavo o libre) sino como un espacio en el que hubo contactos y conflictos. En segundo lugar, permite observar procesos similares en los subalternos (con resultados distintos y sin valorar cuál de ellos fue mejor o más efectivo) de construcción de una cultura propia en función de apropiaciones, rechazos y resignificaciones de la cultura hegemónica que son constantes.

Fue esta limitante canónica y los resabios de una tradición que entendía la cultura como la "alta cultura" la que limitó en Ángel Rama el análisis de la transculturación a los procesos iniciados en la segunda mitad del siglo XX. Estos procesos sin embargo estuvieron presentes en Latinoamérica en todo momento histórico, dando como resultados productos variados y muchas veces excluidos del análisis por diferentes razones. Tal vez fueron esas limitantes las que no permitieron que el archivo de manuscritos de Molina emergiera y, como quería Isidoro de María a fines del siglo XIX, quedara en el olvido o comido por la polilla. Recuperar el archivo y analizarlo fue un desafío removedor que interpeló mis propias prácticas críticas. Pero

fundamentalmente invita, creo, a un análisis más denso de la cultura letrada en las primeras décadas del siglo XIX.

Bibliografía

Borucki, Alex, Carla Chagas y Natalia Stalla (2004). *Esclavitud y trabajo. Un estudio sobre los afrodescendientes en la frontera uruguaya. 1835–1855*. Montevideo, Pulmón ediciones.

Britos Serrat, Alberto (1990). Compilador. *Antología de poetas negros uruguayos*. Tomo I. Montevideo, Mundo Afro.

—————. (1997) *Antología de poetas negros uruguayos*. Tomo II. Montevideo, Mundo Afro, 1997.

Ferreira, Luis. *El movimiento negro en Uruguay (1988-1998)*. Montevideo, Etnicas/Mundo Afro.

Furlong, Guillermo y Enrique Arana (h) (1932). “La «Imprenta de la Caridad» (1822–1855)” *Revista del Instituto Histórico y Geográfico* IX: 6-164.

Goldman, Gustavo (2008). *Lucamba. Herencia africana en el tango (1870-1890)*. Montevideo, Perro Andaluz.

González Stephan, Beatriz (1996). “Economías fundacionales. Diseño del cuerpo ciudadano”. Beatriz González Stephan (comp.) *Cultura y tercer mundo. 2. Nuevas identidades y ciudadanías*. Caracas, Nueva Sociedad, 17-47.

Gortázar, Alejandro (2003). “Voces negras en el imaginario nacional”. Hugo Achugar (coord). *Derechos de memoria. Nación e independencia en América Latina*. Montevideo, FHCE, 189-263.

————— (2007). *El licenciado negro Jacinto Ventura de Molina*. Montevideo, Trilce.

—————(coord.), Adriana Pitetta y José Manuel Barrios (2008). *Jacinto Ventura de Molina. Antología de manuscritos (1817-1837)*. Montevideo, Facultad de Humanidades/CSIC.

Montaño, Oscar D. 2008. *Historia afrouruguaya. Tomo I*. Montevideo, IMPO.

Rama, Ángel (1998) [1984]. *La ciudad letrada*. Montevideo, Arca.

Remedi, Gustavo (1997). “Ciudad letrada: Ángel Rama y la especialización del análisis cultural”. Mabel Moraña (ed.). *Ángel Rama y los estudios latinoamericanos*. Pittsburgh, IILI, 97-122.

Scuro Somma, Lucía (2008). *Población afrodescendiente y desigualdades étnico-raciales en Uruguay*. Montevideo, PNUD / UNFPA / INE / Parlamento del Uruguay/AECID y UNIFEM.

Spivak, Gayatri Chakravorti (1998). “¿Puede hablar el sujeto subalterno?” *Orbis Tertius. Revista de teoría y crítica literaria*. a. 3, nº 6, 1998, pp. 175-235.